

engañado por sus generales, se habría dirigido en línea recta sobre Kieff y Odessa, y sus águilas hubiesen flotado sobre el mar Negro.

Pasada Kaluga, teníamos que atravesar una extensión de cinco millas, cubiertas de un hermoso bosque de pinos, cuyo recuerdo ha quedado impreso en mi memoria como uno de los más gratos de mi infancia. El suelo era arenoso, como el de un desierto africano, y todos nos veíamos forzados á recorrerlo á pie, mientras que los caballos, deteniéndose á cada momento, arrastraban penosamente los coches por la arena. Cuando yo era mayor, gozaba en dejar la familia atrás y cruzarlo yo solo. Inmensos pinos rojos de centenares de años se elevaban por todas partes, no llegando á nuestro oído más rumor que el producido por tan soberbios árboles. Al pie de un pequeño barranco murmuraba un manantial de agua pura y cristalina, y un caminante había dejado allí, para uso de los que vinieran después, un cubilete, hecho de corteza de abedul, con un palito clavado en él, como mango. Sin que se interrumpiera el general silencio, subía la ardilla al árbol, y la maleza se presentaba tan misteriosa como el alto ramaje. En aquel bosque nacieron mi primer amor á la naturaleza y mi primera y confusa percepción de su interesante existencia.

Una vez cruzado el bosque y pasada la barca que servía para atravesar el Ugrú, dejábamos la carretera y entrábamos por sendas rurales, donde verdes espigas de cáñamo se inclinaban hacia el coche, permitiendo á los caballos comer algo verde á ambos lados del camino, á medida que marchaban oprimiéndose el uno contra el otro, por vía tan estrecha y limitada. Al fin llegábamos á ver los sauces que marcaban la proximidad de nuestro pueblo, y de pronto se presentaba ante nosotros el elegante campanario amarillo de la iglesia de Nikolskoye.

* * *

Para la vida tranquila de los grandes propietarios territoriales de aquella época, Nikolskoye era un lugar admirable: no se encontraba allí nada del lujo que se observa en otros estados más importantes; pero un gusto artístico se percibía, lo mismo en la construcción del edificio que en la disposición de los jardines y en el arreglo de todas las cosas en general. Además de la casa principal, construída recientemente, había en torno de un gran espacio, libre y cuidado con esmero, varias pequeñas, que sin embargo de dar mayor grado de independencia á sus habitantes, no por eso destruían las íntimas relaciones de la vida familiar. La parte más elevada del terreno estaba dedicada á una inmensa arboleda de frutales, á través de la cual se llegaba á la iglesia; la vertiente Sur de aquél, que conducía al río, era toda un jardín, en el cual los cuadros de flores se veían cruzados por calles de limoneros, lilas y acacias. Desde el balcón del edificio grande se disfrutaba de un hermoso paisaje formado por el río, las ruinas de una antigua fortaleza, en la que los rusos ofrecieron una enérgica resistencia durante la invasión mongólica, y, más allá, una gran área de campos amarillos cubiertos de cereales, limitada á lo lejos por bosques que se perdían en el horizonte.

En los primeros años de mi infancia ocupábamos con M. Paulain

una de las casas separadas, destinada exclusivamente á nuestro servicio; y desde que su método de educación se había suavizado por la intervención de nuestra hermana Elena, nos llevábamos muy bien con él. Mi padre se hallaba invariablemente ausente de casa en el verano, que pasaba entretenido en inspecciones militares, y nuestra madre no se ocupaba mucho de nosotros, especialmente desde el nacimiento de su hija Paulina. Por consiguiente, siempre estábamos con M. Paulain, quien se hallaba muy contento en el campo y nos dejaba gozar de él. Los bosques, los paseos á lo largo del río, el trepar por los montes hasta llegar á la vieja fortaleza, que la palabra de Paulain reanimaba, contándonos cómo la defendieron los rusos y cómo se apoderaron de ella los tártaros; las pequeñas aventuras, en una de las cuales Paulain fué nuestro héroe, salvando á Alejandro de ahogarse, y alguno que otro encuentro con lobos; todo, en suma, hacía que las impresiones nuevas y agradables fueran infinitas.

Además, se organizaban grandes jiras, en las que toda la familia tomaba parte; unas veces, cogiendo setas en el bosque, y después tomando te en medio de la floresta, donde un anciano de cien años de edad vivía solo, con su pequeño nietecito, cuidando de las abejas; otras, íbamos á uno de los pueblos de mi padre, en el cual se había hecho una gran presa, en que se cogían doradas carpas á millares; una parte de ellas se mandaban al amo, y las restantes se distribuían entre todos los campesinos. Mi anterior nodriza vivía en ese lugar: su familia era una de las más pobres; aparte de su marido, no tenía más que un niño chico que la ayudara, y una muchacha, mi hermana de leche, que más tarde vino á ser predicadora y « virgen » en la secta disidente á que pertenecían. Grande era su alegría cuando yo iba á verla: crema, huevos, manzanas y miel era todo lo que podía ofrecer; pero la manera de hacerlo, en relucientes platos de madera, después de haber cubierto la mesa con un hermoso mantel de hilo, blanco como la nieve, tejido por ella misma (para los disidentes rusos, la absoluta limpieza es un precepto religioso) y las palabras tiernas que me dirigía, tratándome como á su propio hijo, dejaron una impresión profunda en mi corazón. Otro tanto debo decir de las nodrizas de mis hermanos mayores Nicolás y Alejandro, que pertenecían á familias bien acomodadas de otras dos sectas disidentes, en Nikolskoye. Pocos tienen idea del tesoro de bondad que puede encontrarse en el corazón del campesino ruso, aun después de siglos de la más cruel opresión, que hubieran podido muy bien habersele endurecido.

Cuando hacía mal tiempo, M. Paulain tenía una abundancia de cuentos que contarnos, sobre todo respecto á la campaña en la Península. Una y otra vez le exhortábamos á que nos refiriera de qué modo fué herido en una batalla, y cada vez que llegaba al pasaje en que sintió el calor de la sangre que caía dentro de la bota, lo besábamos con entusiasmo y lo tratábamos cariñosamente.

Todo parecía dispuesto á prepararnos para la carrera militar: la predilección que por ella sentía nuestro padre (los únicos juguetes que recuerdo nos trajera fueron un rifle y una garita de centinela), las narraciones guerreras de Paulain, y, por último, hasta la biblioteca que teníamos á nuestra disposición. Esta, que había en otro tiempo per-

tenecido al general Repninsky, abuelo de nuestra madre, un militar ilustrado del siglo XVIII, se componía exclusivamente de libros sobre cuestiones de guerra, adornados con hermosos grabados y lujosamente encuadernados. En los días de lluvia, nuestra principal diversión era mirar sus láminas, en las que se hallaban representadas todas las armas usadas desde el tiempo de los hebreos, y planos de todas las batallas libradas desde la época de Alejandro de Macedonia. Estos grandes libros ofrecían un material excelente para construir con ellos fuertes castillos, capaces de resistir por algún tiempo los golpes de arietes, y los proyectiles de una catapulta arquimediana (que por persistir en enviar piedras á las ventanas fué prohibida bien pronto). Sin embargo, ni Alejandro ni yo llegamos á ser militares. Las lecturas de los dieciséis años borraron lo que aprendimos en la infancia.

Las opiniones de M. Paulain sobre las revoluciones eran las mismas de la *Illustration Française*, publicación orleanista, de la que recibía números atrasados, y cuyas láminas conocíamos perfectamente. Durante largo tiempo no podía yo concebir una revolución de otro modo que representando á la Muerte montada á caballo, con la bandera roja en una mano y la guadaña en la otra, derribando á los hombres á derecha é izquierda: así la pintaba la *Illustration*; pero ahora pienso que lo que á Paulain le disgustaba era únicamente el levantamiento del 48, porque uno de sus relatos respecto á la Revolución de 1789 me causó una impresión profunda.

El título de príncipe se usaba en nuestra casa con motivo ó sin él, lo que debió chocar algo á Paulain, dando lugar á que nos contara lo que sabía de la gran Revolución. No puedo recordar ahora lo que decía; pero una cosa tengo presente, y es que el conde Mirabeau y otros nobles renunciaron en un día dado á sus títulos, y que el primero, para mostrar el desprecio que le inspiraban las pretensiones aristocráticas, abrió una tienda, adornada con una muestra, en la que se leía: «Mirabeau, sastre». (Cuento la cosa tal como se la oí á Paulain). Durante mucho tiempo después yo me devanaba los sesos pensando qué oficio adoptaría para poder anunciarme, «Kropotkin, artesano de tal ó cual cosa». Más adelante, mi maestro ruso, Nikolai Paulovich Smirnof, y el tono generalmente republicano de la literatura rusa influyeron en mí de igual modo; y cuando empecé á escribir novelas, esto es, á los doce años, adopté la firma P. Kropotkin que jamás he abandonado, á pesar de las reprensiones de mis jefes cuando estaba en el servicio militar.

VIII.

En el otoño del 52 mi hermano Alejandro fué enviado al cuerpo de cadetes, y desde entonces sólo nos veíamos en las vacaciones y alguna vez que otra los domingos. El cuerpo de cadetes estaba á cinco millas de casa, y aunque teníamos una docena de caballos, siempre ocurría que, cuando hacía falta que se mandara allí un trineo, no había caballos libres de que disponer. Mi hermano mayor, Nicolás, venía á casa raras veces. La libertad relativa que Alejandro encontró en el colegio, y especialmente la influencia de dos de sus profesores de literatura, desarrollaron rápidamente su inteligencia, y más adelante tendré ocasión

sobrada de hablar del benéfico influjo que á su vez él ejerció sobre el desenvolvimiento de la mía. El haber tenido un hermano mayor inteligente y cariñoso, ha sido para mí una gran fortuna.

Yo, mientras tanto, permanecía en casa: tenía que aguardar á que me tocara el turno para entrar en el cuerpo de pajes, y eso no sucedió hasta que llegué á muy cerca de los quince años. Se despidió á M. Paulain, y se tomó en su lugar un tutor alemán: era uno de esos hombres idealistas que no es raro encontrar entre los alemanes; pero lo que principalmente recuerdo de él, es el entusiasmo con que recitaba las poesías de Schiller, acompañándolo con un accionar tan ingenioso que me cautivaba. Sólo permaneció con nosotros un invierno.

El siguiente, me mandaron como externo á un gimnasio de Moscou, y, finalmente, vine á quedar con nuestro maestro ruso, Smirnof: pronto nos hicimos amigos, en particular desde que nuestro padre nos llevó á los dos á su estado de Ryazán. Durante el viaje nos entregá-bamos á toda clase de entretenimientos, acostumbrando á inventar historias humorísticas á propósito de los hombres y de las cosas que veíamos; al mismo tiempo que, la impresión producida en mi ánimo por el terreno accidentado que cruzábamos, vino á aumentar, de un modo sensible y delicado, mi creciente amor á la naturaleza. Bajo el impulso que me dió Smirnof, empezaron á desarrollarse mis aficiones literarias, y desde el 54 al 57 no me faltaron medios de desenvolverlas. Mi maestro, que para esa época había terminado sus estudios universitarios, obtuvo un cargo de poca importancia en una Audiencia, donde pasaba la mañana. De este modo, yo permanecía solo hasta la hora de comer, y después de estudiar mis lecciones y dar un paseo, me quedaba bastante tiempo para leer, y, sobre todo, para escribir. En el otoño, cuando mi maestro tenía que volver á desempeñar su plaza en Moscou, en tanto que nosotros seguíamos en el campo, me volvía á quedar solo, y aunque siempre estaba en contacto con la familia y pasaba mucho tiempo jugando con mi hermanita Paulina, todavía me sobraba bastante espacio libre para dedicarme á leer y escribir.

* * *

La servidumbre se hallaba entonces en su último año de existencia: es un acontecimiento reciente; parece cosa de ayer; y, sin embargo, aun en la misma Rusia hay pocos que tengan una idea de lo que ella era en realidad. Existe una noción confusa respecto á lo perjudicial de las condiciones que creaba; pero la manera como éstas afectaban al ser humano, física y moralmente, no es por lo general bien conocida. Sorprende en verdad, ver con qué rapidez cae en el olvido una institución y sus consecuencias sociales, desde el momento que deja de existir, y con cuánta celeridad cambian los hombres y las cosas. Intentaré traer á la memoria las condiciones de la servidumbre, narrando, no lo que oí, sino lo que vi por mí mismo.

Uliana, el ama de llaves, se encuentra en el pasillo que conduce á la habitación de mi padre y se santigua, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder. Al fin, después de haber rezado una oración, se decide á entrar, y manifiesta en una voz casi imperceptible, que la existencia

de te está casi agotada, que no quedan más que veinte libras de azúcar y que las demás provisiones se concluirán también pronto.

— ¡Ladrones, bandidos! — gritaba mi padre. — ¡Y tú, tú estás de acuerdo con ellos! — La voz atronaba la casa. Nuestra madrastra dejaba á Uliana que arrastrase la tormenta; pero mi padre exclamaba. «¡Frol, llama á la princesa! ¿Dónde está?» Y cuando ella entraba la recibía con los mismos reproches.

«Estáis también en liga con estos descendientes de Cam; os ponéis de su parte»; siguiendo así, durante media hora, ó tal vez más.

Después empezaba á examinar las cuentas: al mismo tiempo pensaba en el heno; se mandaba á Frol á que pesara lo que quedaba de éste, y á mi madrastra á que presenciara la operación, y en tanto, mi padre calculaba la cantidad que debía haber en el pajar. El resultado era que faltaba del heno una parte de consideración, y que Uliana no podía dar cuenta de varias libras de tales ó cuales artículos. La voz de mi padre se hacía por momentos más amenazadora; Uliana temblaba; mas en aquel momento aparece el cochero y en él descarga el amo su ira. Mi padre se lanza sobre él y le pega; pero él sigue diciendo: «Su alteza se debe haber equivocado».

Mi padre repite el cálculo, y esta vez aparece que hay más heno en el pajar del que debe haber. Los gritos continúan; ahora le reprende al cochero por no haberle dado al ganado su ración por entero; pero éste jura por todos los santos que le dió lo que correspondía, y Frol invoca á la Virgen en confirmación de lo mismo.

Pero no hay forma de calmar á mi padre. Llama á Makar, el afinador de pianos y camarero, recordándole todas las faltas que recientemente ha cometido. Estuvo borracho la semana pasada, y ha debido estarlo también ayer, porque rompió media docena de platos. La verdad es que esta avería fué la causa fundamental de todo el trastorno: nuestra madrastra le había dado cuenta del hecho á mi padre por la mañana, y ese fué el motivo de que se recibiera á Uliana con más rigor que de costumbre, por qué se comprobó la existencia del heno; y por qué mi padre continuaba exclamando: «estos descendientes de Cam merecen todos los mayores castigos del mundo».

De repente, sobreviene un momento de tregua. Mi padre se sienta á su mesa, y escribe lo siguiente: «Llevad á Makar con esta nota á la estación de policía, y que le den cien azotes con la vara de abedul».

Terror y silencio profundo reinaba en toda la casa: el reloj daba las cuatro y todos bajábamos á comer; pero nadie tenía apetito, y la sopa permanecía intacta en cada plato. Somos diez á la mesa y tras cada uno de nosotros hay un músico con un plato limpio en la mano izquierda; pero Makar no se encuentra entre ellos.

— ¿Dónde está Makar? — pregunta nuestra madrastra. «Llamadlo». Pero no se presenta, y la orden se repite: al fin aparece, pálido, con el rostro descompuesto, avergonzado y con la vista baja. Mi padre no levanta la suya del plato, mientras que nuestra madrastra, viendo que nadie ha probado la sopa, trata de animarnos, diciendo: «¿No os parece, niños, que la sopa está exquisita?»

El llanto me ahoga, y apenas terminada la comida corro en busca de Makar; lo encuentro en un oscuro pasillo y trato de besarle la mano;

pero él la retira diciendo, como reproche ó como interrogación: — Dejádme: ¿acaso no seréis lo mismo cuando seáis mayor?

— ¡No; no lo seré jamás!

Y, sin embargo, mi padre no era de los propietarios territoriales más malos; por el contrario, los sirvientes y los labriegos lo consideraban como uno de los mejores. Lo que veíamos en nuestra casa era lo que sucedía en todas partes, á menudo en mucha mayor escala. El azotar los siervos era una parte de las obligaciones corrientes de la policía y de la brigada de bomberos.

Uno de esos grandes propietarios hizo á otro esta observación: «¿Cómo es que el número de almas aumenta tan lentamente en vuestro estado? Probablemente os ocupáis poco de sus casamientos».

Algunos días después, el general volvió á su estado: hizo le trajeran una lista de todos los habitantes del pueblo, y sacó de ella los nombres de los muchachos que habían cumplido dieciocho años y de las jóvenes que acababan de pasar de los dieciséis (esta es la edad legal para poderse casar en Rusia), escribiendo después: «Juan se casará con Ana, Pablo con Parashka», y así sucesivamente, hasta formar cinco parejas «Las cinco bodas», agregó, «deberán celebrarse dentro de diez días; esto es, el primer domingo después del próximo».

Un grito general de desesperación se elevó en todo el pueblo: las mujeres, lo mismo jóvenes que viejas, lloraban en todas las casas. Una esperaba casarse con Gregorio; los padres de Pablo habían ya hablado á los Fedótofs respecto á su hija, que pronto tendría la edad. Además, era la época de la siega y no de los matrimonios; ¿y qué boda podría prepararse en diez días? Los campesinos vinieron á ver al amo por docenas; sus mujeres aguardaban en grupos, con piezas de hilo fino, á la esposa de aquél, para conquistar su apoyo: todo en vano. El señor había dispuesto que las bodas se celebraran en tal día, y así tenía que ser.

En la época fijada, la procesión nupcial, que en este caso nada tenía de alegre, iba á la iglesia. Las mujeres lloraban y daban grandes lamentos, como acostumbra á hacerlo en los funerales. Uno de los lacayos de la casa se había marchado á la iglesia, para traer la noticia al amo en cuanto terminaran la cerimonia; pero pronto tuvo que volver corriendo, pálido y afligido, y decir, con gorra en mano:

«Parashka ha resistido; se niega á casarse con Pablo. El padre le preguntó si lo quería por esposo, y ella respondió en alta voz que no».

El propietario se enfureció. «Ve y dile á ese borracho melencólico» (refiriéndose al cura; el clero ruso usa el cabello largo), «que, si no casa á Parashka al momento, daré cuenta al arzobispo de que es un borracho. ¿Cómo se atreve ese espantajo clerical á desobedecerme? Dile que se le mandará á pudrirse en un monasterio, y á la familia de Parashka la deportaré á las Estepas».

El lacayo transmitía el mensaje: los parientes y el cura rodeaban á la muchacha; su madre llorando y de rodillas le suplicaba que no arruinara á toda la familia. Ella seguía diciendo que no, pero cada vez en una voz más débil, hasta que concluía por guardar silencio. Se le ponía en la cabeza la corona nupcial sin resistencia, y el sirviente volvía á la carrera á anunciar que se habían casado.

Media hora después, las campanillas de la procesión nupcial so-

naban á la entrada de la morada del señor. Las cinco parejas saltaban de los carros, atravesaban el patio y entraban en el salón. El dueño los recibía, ofreciéndoles copas de vino, en tanto que los padres, colocados detrás de sus llorosas hijas, les ordenaban se inclinaran hasta tocar el suelo en presencia de su señor.

Las órdenes de casamiento eran tan corrientes, que, entre nuestros criados, cada vez que una joven pareja temía que le ordenaran el hacerlo á pesar suyo, tomaban la precaución de servir de padrinos en un bautismo cualquiera, lo que hacía el matrimonio imposible, según la iglesia rusa. Esta estratagemas, que por lo general daba buen resultado, terminó, sin embargo, una vez en tragedia. Andrei, el sastre, se enamoró de una muchacha que pertenecía á uno de nuestros vecinos: esperaba que mi padre lo dejaría marchar en una cantidad determinada, y que trabajando bastante en su oficio conseguiría economizar algún dinero y poder libertar á la novia; pues, de lo contrario, al contraer matrimonio con uno de los siervos de mi padre, ella se convertía en sierva de él también. Y como Andrei y una de las doncellas de la casa temieran se les ordenara el desposarse, se concertaron para ser los padrinos de una criatura. Lo que habían previsto ocurrió: un día fueron llamados ante el señor y la orden fatal fué pronunciada.

— Siempre estamos dispuestos á obedeceros — replicaron —; pero hace algunas semanas hemos sido padrinos en un bautizo, explicando con tal motivo Andrei sus deseos é intenciones. El resultado fué, que se le invió á la caja de reclutas y se le hizo soldado.

En tiempo de Nicolás I no existía el servicio militar obligatorio como hoy sucede. Los nobles y los comerciantes se hallaban libres de él; y cuando se ordenaba una nueva leva de reclutas, los propietarios territoriales tenían que presentar un número determinado de siervos. Por lo general, los labriegos en sus agrupaciones comunales guardaban un registro para su uso particular; pero los dedicados al servicio doméstico se hallaban por completo á merced del señor, y si éste estaba disgustado con alguno, no tenía más que mandarlo á la caja de reclutamiento y recoger el correspondiente recibo, que tenía un valor de importancia, pues podía venderse á cualquiera que le tocara la suerte de soldado.

El servicio militar en aquellos tiempos era terrible: se le exigía á un hombre servir veinticinco años bajo las banderas, y la vida del soldado era extremadamente penosa. El entrar en el ejército significaba el verse separado para siempre de su pueblo natal y de la comarca, y hallarse á merced de jefes como Timoféeff de quien ya me he ocupado. Golpes de los oficiales, azotes con varas de abedul y palizas por la más leve falta, eran cosas normales. La crueldad de que se hacía gala se sobreponía á todo lo imaginable. Hasta en los cuerpos de cadetes, en los que sólo recibían instrucción los hijos de los nobles, mil azotes con varas de abedul se administraban algunas veces, en presencia de todo el cuerpo, por cuestión de un cigarrillo, hallándose el médico al lado del niño atormentado, quien sólo ordenaba que se suspendiera el castigo cuando observaba que el pulso se hallaba próximo á dejar de latir. La víctima, cubierta de sangre y sin conocimiento, era llevada

al hospital. El jefe de las escuelas militares, el gran duque Mikhael, separaría pronto al director de un cuerpo donde no hubiera habido uno ó dos casos semejantes todos los años. «No hay disciplina», hubiese dicho.

Con los simples soldados la cosa era mucho peor. Cuando alguno de ellos aparecía ante un consejo de guerra, la sentencia era que mil hombres se colocaran en dos filas una enfrente de otra, estando cada soldado armado de un palo del grueso del dedo pequeño (el cual era conocido por su nombre alemán de Spitzruthen), y que el condenado pasara tres, cuatro, cinco ó siete veces por el centro, recibiendo un golpe de cada soldado, vigilando la operación los sargentos, á fin de que aquéllos le dieran con fuerza. Después de haber recibido mil ó dos mil golpes, la víctima, escupiendo sangre, era conducida al hospital, donde se procuraba curarla, con objeto de que se concluyera de aplicar el castigo tan pronto como se hallara más ó menos repuesta del efecto de su primera parte: si moría en el tormento, la ejecución de la sentencia se completaba en el cadáver. Nicolás I y su hermano Mikhael eran implacables; no había jamás indulto posible. «Os daré una carrera de baquetas, que os hará saltar la piel», eran amenazas que formaban parte del lenguaje corriente.

Un terror sombrío se extendía por toda la casa cuando se sabía que alguno de los criados iba á ser enviado á la caja de reclutas. Al infeliz se le ponían grillos y se le vigilaba de cerca, para evitar que se suicidara: se traía una carreta y lo sacaban entre dos guardianes, rodeándolo todos los sirvientes. El saludaba profundamente, pidiendo á todos que lo perdonaran si los había ofendido voluntaria ó involuntariamente. Si sus padres vivían en el pueblo, venían á verlo partir; él hacía una gran reverencia ante ellos, y su madre y las demás mujeres de la familia empezaban á cantar en coro sus lamentaciones; era una especie de canto medio recitado: «¿Por quién nos abandonas? ¿Quién cuidará de ti en tierra extraña? ¿Quién te protegerá contra los perversos?» Exactamente en el mismo tono y con la misma letra con que cantan en los entierros.

Así, pues, Andrei tenía ahora que sufrir durante veinticinco años la suerte de soldado: todos sus sueños de felicidad se habían desvanecido bruscamente.

**

El destino de una de las doncellas, Paulina, ó Palya, como acostumbaban á llamarla, fué más trágico todavía. Había aprendido á bordar bien, y era una notabilidad en el oficio. En Nikolskoye tenía su bastidor en la habitación de mi hermana Elena, y con frecuencia tomaba parte en la conversación que sostenían ésta y la de mi madrastra, que estaba con ella. Por su porte y modo de expresarse, Palya parecía más bien una señorita que una criada.

Una desgracia le acaeció; se apercibió que pronto sería madre. Le contó todo á nuestra madrastra, quien la llenó de improperios: «¡No permitiré que siga en mi casa una criatura así por más tiempo! ¡No toleraré tal vergüenza en casa! ¡Esto es una indecencia!» y todo á este

tenor. Las lágrimas de Elena no consiguieron ablandarla. A la pobre le cortaron el cabello, y fué de castigo á cuidar del ganado; mas como tenía entre manos un trabajo extraordinario, tuvo que terminarlo en un local sucio y con escasa luz. Después hizo otros muchos bordados delicados, todo con la esperanza de obtener un perdón que no pudo alcanzar.

El padre de la criatura, que era un sirviente de uno de nuestros vecinos, imploró el permiso para casarse con ella; pero como no tenía dinero que ofrecer, su demanda fué desechada. Las maneras delicadas de Palya fueron consideradas como ofensivas, y la suerte que se le reservó fué de lo más desgraciada. Había entre la servidumbre uno que hacía de postillón á causa de su baja estatura; se le conocía por « Filka el de las patas tuertas ». En su juventud había recibido una terrible cox, y no llegó á crecer: tenía las piernas torcidas, los pies vueltos hacia adentro, la nariz partida y ladeada; su rostro era deforme; y con este monstruo se decidió casar á la pobre muchacha, lo que se efectuó á pesar suyo, mandándose después del matrimonio, como campesinos, al estado de mi padre en Ryazán.

No se reconocía, ni aun se sospechaba, que los siervos tuvieran sentimientos humanos; y cuando Turguenef publicó su pequeña historia *Mumu*, y Grigorovich comenzó á dar á luz sus novelas sentimentales, en las que hacía llorar á sus lectores sobre la desventura de los siervos, para muchas gentes aquello fué una inesperada revelación. « ¿Es posible que amen ellos como nosotros? » — exclamaban las damas sensibles, que no podían leer una novela francesa sin derramar lágrimas por los trabajos que pasaban los héroes y las heroínas nobles.

*
*
*

La educación que los dueños daban algunas veces á los siervos no era más que un nuevo motivo de pesares para éstos. Mi padre recogió una vez de casa de unos labriegos un muchacho muy listo, y lo mandó á que aprendiera de practicante, y como era inteligente, lo hizo pronto y con buen resultado. Cuando volvió á casa, mi padre compró todo lo que hacía falta para montar una enfermería, que, bien provista de medicamentos y en buenas condiciones, se estableció en una de las casas laterales de Nikolskoye. En verano, el Dr. Sasha, como familiarmente se le llamaba en casa, siempre estaba muy ocupado, recolectando y preparando toda clase de plantas medicinales, y en poco tiempo se hizo muy popular en aquellos contornos. Los enfermos venían de los pueblecitos inmediatos, y mi padre estaba orgulloso ante el buen resultado que daba su Casa de Socorro. Pero este estado de cosas no duró mucho: un invierno, mi padre fué á Nikolskoye, estuvo allí unos días y se marchó después. Aquella noche el Dr. Sasha se pegó un tiro; se dijo que había sido casual; pero una historia de amores encontrábase en el origen del hecho. Estaba enamorado de una muchacha con quien no se podía casar por pertenecer á otro dueño.

La suerte de otro joven, Gherasim Krugloff, á quien mi padre educó en el Instituto Agrícola de Moscou, fué igualmente casi tan desgraciada. Hizo unos exámenes brillantes, ganando medalla de oro, y el director

del establecimiento puso todo lo que pudo de su parte, á fin de inducir á mi padre á que le diera libertad y lo dejara ir á la Universidad, donde no se permite entren los siervos. « Con seguridad se hará un hombre notable — decía el director —, tal vez una de las glorias de Rusia, y hallaréis un honor en haber reconocido su capacidad y entregado tal hombre á la ciencia. »

« Lo necesito para mi estado », era la contestación que se daba á todas las súplicas que se hacían en su favor. Cuando, después de todo, con los sistemas primitivos de agricultura que entonces se empleaban, y de los que jamás se hubiera apartado mi padre, Gherasim Krugloff era completamente inútil. Levantó un plano del estado; pero una vez concluido éste, se le destinó al departamento de los criados y se le obligó á servir á la mesa con plato en mano. Esto, como es natural, le disgustó mucho; sus sueños lo llevaban á la Universidad, á los trabajos científicos. En su mirada se reflejaba su pesar, y nuestra madrastra parecía hallar un especial placer en mortificarlo cada vez que se presentaba la oportunidad. Un día de otoño, habiendo una ráfaga de viento abierto la puerta de entrada, ella lo llamó y le dijo: « Garaska, ve á cerrar la puerta ».

Eso fué la gota que hace rebosar el vaso. En el acto contestó: « Para eso tenéis el portero » — y siguió su camino.

Mi madrastra corrió á la habitación de mi padre gritando: « ¡Vuestros criados me insultan en vuestra casa! »

Inmediatamente Gherasim fué arrestado y esposado, para ser enviado fuera como marinero. La despedida de sus ancianos padres con él, fué una de las escenas más conmovedoras que jamás he presenciado.

Esta vez, sin embargo, la suerte se encargó de la venganza: Nicolás I murió y el servicio militar se hizo más tolerable; la gran habilidad de Gherasim fué pronto reconocida, y en pocos años vino á ser uno de los principales empleados y la piedra angular de uno de los departamentos del Ministerio de la Guerra. Entre tanto, mi padre, que era completamente honrado, y en una época en que casi todos se dejaban corromper y sólo pensaban en hacer fortuna, jamás se había apartado de la buena senda; por hacer un favor al jefe del cuerpo á que pertenecía, se separó un momento de ella, consintiendo en no sé qué clase de irregularidad. A punto estuvo esto de costarle su ascenso á general; el objeto final de sus treinta y cinco años de servicio se hallaba próximo á perderse. Mi madrastra fué á San Petersburgo á arreglar el asunto, y un día, después de haber dado muchos pasos, le dijeron que la única persona que podía resolver la dificultad era un humilde empleado en un departamento determinado del Ministerio, quien, á pesar de su insignificancia, era el que todo lo dirigía, pues los jefes no hacían nada sin consultarle. ¡Este hombre se llamaba Gherasim Ivanovich Krugloff!

« ¡Qué os parece nuestro Garaska! » — me dijo ella después —: siempre creí que tenía una gran capacidad. Fuí á verlo, le hablé del particular, y me contestó: « No tengo prevención alguna contra el príncipe, y haré por él todo lo que pueda ».

Gherasim cumplió su palabra: hizo un informe favorable, y mi padre obtuvo su promoción, pudiendo al fin vestir el uniforme tan deseado.

Estas eran cosas que yo mismo vi en mi infancia; pues si fuera á relatar todo lo que oí en aquella época, las proporciones de este trabajo aumentarían mucho en extensión: historias de hombres y mujeres arrancados de su familia y de su país y vendidos ó perdidos al juego, ó cambiados por dos perros de caza y enviados después á una parte remota de Rusia, con objeto de crear un nuevo estado; de criaturas quitadas á sus padres y vendidas á dueños crueles ó corrompidos; de apaleos en los establos, que tenían lugar todos los días con una saña implacable; de una joven que encontró su única salvación ahogándose; de un anciano que había encanecido al servicio de su amo y que al fin se ahorcó bajo sus ventanas; y de sublevaciones de siervos, que eran sofocadas por los generales de Nicolás I, matando á palos, diezmando ó quitando á los habitantes de un pueblo que luego arrasaban, y cuyos supervivientes tenían que ir á pedir una limosna á las provincias inmediatas. En cuanto á la miseria que encontré durante nuestros viajes en algunos pueblos, particularmente en los que pertenecían á la familia imperial, no hay palabras con que describirla: había que verla.

* *

El llegar á ser libre era el sueño constante de los siervos; sueño que no era fácil realizar, porque se necesitaba una fuerte suma para inducir á un propietario á que se desprendiera de uno de ellos.

— ¿No sabes — me dijo una vez mi padre —, que vuestra madre se me apareció después de muerta? Vosotros los jóvenes no creéis en estas cosas; pero ello es que ocurrió. Estaba yo una noche muy tarde sentado en este sillón, ante la mesa de escritorio y medio dormido, cuando la vi entrar toda vestida de blanco, muy pálida, y con los ojos resplandecientes. Ya en la agonía, me había pedido que le prometiera dar libertad á su doncella Maska, y así lo hice; pero después, entre una cosa y otra, se pasó cerca de un año sin que yo hubiera cumplido mi promesa. Entonces se me apareció, y me dijo con una voz muy débil: « Alexis, me prometiste dar libertad á Maska; ¿ lo has olvidado? » Quedé aterrado; salté del sillón, pero ya se había desvanecido. Llamé á los criados, mas ninguno había visto nada. A la mañana siguiente fui á su tumba, hice que se le cantara un responso é inmediatamente dí libertad á Maska.

Cuando murió mi padre, Maska vino al entierro y le habló. Estaba casada, y se hallaba feliz en su vida de familia. Mi hermano Alejandro, en su estilo humorístico, le dijo lo que nuestro padre había contado, y le preguntamos qué sabía sobre el particular.

— Como eso sucedió — replicó ella —, hace mucho tiempo, ahora puedo deciros la verdad. Viendo que vuestro padre había completamente olvidado su promesa, me vestí de blanco y hablé como ella, recordándole la promesa que le había hecho. ¿No me guardaréis rencor por eso, no es verdad?

— ¡Claro que no!

* *

Diez ó doce años después de las escenas descritas en la primera parte de este capítulo, me hallaba sentado en el despacho de mi padre y hablábamos de cosas pasadas. Se había abolido la servidumbre, y mi padre se lamentaba del nuevo estado de cosas, aunque no de un modo excesivo; lo había aceptado sin gran repugnancia.

— Debéis convenir conmigo — le dije —, que á menudo castigábais á nuestros criados con crueldad, y hasta sin razón.

— Con esa gente — me contestó —, no era posible proceder de otra manera — y reclinándose en su butaca permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos. — Pero lo que yo hice no valía la pena de que se hablara de ello — dijo después de aquella pausa. — Mirad, por ejemplo, á ese mismo Sableff: parece tan suave y habla sin alzar nunca la voz, y, sin embargo, fué verdaderamente terrible con sus siervos. ¡Cuántas veces se concertaron para matarlo! Yo, al menos, nunca abusé de mis doncellas, en tanto que ese diabólico de T. se manejaba de tal modo, que las mujeres de los labriegos se disponían á castigarlo de un modo terrible... ¡Que descanses, *bonne nuit!*

IX.

Recuerdo bien la guerra de Crimea. En Moscou no se dejaba mucho sentir. Aunque, como es de suponer, se hacían hilas y vendajes en todas las reuniones de confianza, poco de esto llegaba, sin embargo, á los ejércitos rusos, pues grandes cantidades se robaban y vendían á los de los enemigos. Mi hermana Elena y otras jóvenes cantaban himnos patrióticos; pero, en general no se conocía la lucha que sostenía el país, en el tono y modo de ser de lo que se llama la sociedad. En los pueblos, por el contrario, la guerra causaba terribles tristezas: las levadas de reclutas se sucedían unas á otras con rapidez, y continuamente oíamos á las mujeres de los campesinos entonar sus cantos funerarios. El pueblo ruso miraba la guerra como una calamidad que le enviaba la Providencia, y la aceptaba con una solemnidad que contrastaba de un modo extraño con la alegría que observé en otras partes en igualdad de circunstancias. A pesar de ser joven, pude apreciar ese sentimiento de solemne resignación que se extendía por nuestras campañas.

Mi hermano Nicolás fué atacado, como muchos otros, por la fiebre de la guerra, y antes de haber concluido sus estudios en los cuerpos de cadetes se reunió al ejército del Cáucaso: no lo volví á ver más.

En el otoño de 1854, nuestra familia se vió aumentada con la venida de dos hermanas de nuestra madrastra. Habían tenido casa propia y algunas viñas en Sebastopol; mas como perdieron aquélla se unieron con nosotros. Cuando los aliados desembarcaron en Crimea, se les dijo á los habitantes de Sebastopol que nada tenían que temer, y que debían permanecer donde estaban; pero después de la derrota de Alma, se les ordenó que se marcharan á la carrera, porque la ciudad sería atacada dentro de pocos días. Había pocos convoyes, y no se encontraba manera de moverse en los caminos, invadidos por las tropas que marchaban